



El Vaticano II y la mujer: ¿es posible un diálogo?

Vatican II and the woman: is it possible the dialogue?

Eduardo Hoornaert*

Resumo

O artigo introduz a questão da relação entre a Igreja hierárquica e a mulher, afirmando que, desde seus começos, o cristianismo teve dificuldades para compreender o comportamento de Jesus para com as mulheres. Destaca alguns sinais do surgimento, no século XX, de uma nova consciência feminina, caracterizada pela emergência do “pensamento autônomo”. Em contraposição às mudanças do universo feminino e referindo-se ao “desconhecimento da mulher” que caracterizou o Vaticano II, o artigo refere-se à dificuldade da Igreja em identificar a ideologia heterônoma que a caracteriza. “Há sempre um outro que manda”: o rei, o senhor, o homem, o pai – sobre o que se constrói a figura de um Deus poderoso e distante. Para corroborar a dificuldade de passar do pensamento heterônomo ao pensamento autônomo, particularmente para os bispos – e seguindo a teóloga Ivone Gebara – a reflexão toma como objeto paradigmático de leitura as falas do Arcebispo de Recife frente ao caso da menina estuprada pelo padrasto, ocorrido em 2009. Conclui: Os textos mais inovadores do Vaticano II não conseguiram romper com a imagem de heteronomia herdada do passado. Hoje não existe caminho para a Igreja fora do diálogo com a modernidade, o que implica, em primeiro lugar, uma atitude autocrítica.

Palavras-chave: Igreja hierárquica. Vaticano II. Mulher.

Abstract

This article introduces the question of the relationship between the Church hierarchy and the women, arguing that since its beginnings, Christianity struggled to understand the attitude of Jesus toward women. It highlights some signs of the emergence in the twentieth century, of a new feminine consciousness, characterized by the emergence of an "autonomous thinking." In contrast to the changing world of women and referring to the “unknown woman” that characterized the Vatican II, this article refers to the difficulty to identify the heteronomous ideology that characterizes the Church. "There's always another that gives orders" the king, the lord, the man, the father – under which the figure of a mighty and distant God is built on. To corroborate the difficulty to pass from an autonomous thought to a heteronomous thinking, particularly for the bishops - and following the theologian Ivone Gebara – this article analyzes the speeches of the Archbishop of Recife concerning the case of the girl raped by her stepfather, held in 2009. In conclusion: The most innovative texts of Vatican II were not able to break with the image of heteronomy from the past. Today there is no way for the Church out of the dialogue with modernity, which implies, first, a self-critical attitude.

Keywords: Hierarchical Church. Vatican II. Women

Artigo publicado no Mutirão (*Minga*) Temático de Revistas Latino-americanas, organizado pela parceria Koinonia/ASETT (Associação Ecumênica de Teólogos/as do Terceiro Mundo ASETT/EATWOT).

* Doutor em História Antiga e Língua Clássicas pela Universidade de Louvain (Bélgica). Membro Fundador da Comissão de Estudos de História da Igreja na América Latina (CEHILA) – Brasil – E-mail: hoornaert@ig.com.br

Introducción: una larga historia

Desde sus inicios, el cristianismo histórico tuvo dificultades para comprender el comportamiento de Jesús para con las mujeres. Distintos textos de los evangelios demuestran admiración, pero al mismo tiempo dejan transparentar extrañeza. Los mismos apóstoles no entienden el modo como Jesús aborda a las mujeres. Pedro, uno de sus más próximos compañeros, no tolera que una mujer sea considerada apóstol, en pie de igualdad con los hombres, como se puede leer en el evangelio apócrifo de María Magdalena. (Cf. LELOUP, 1998). Por causa de esa y otras dificultades, el cristianismo histórico guarda una memoria precaria y hasta deformada sobre el comportamiento de Jesús ante las mujeres. María Magdalena, la más prominente figura femenina del Nuevo Testamento, es sistemáticamente maltratada en los sermones de la Iglesia, hasta ser rebajada a la condición de prostituta y de pecadora arrepentida. Esa criminalización simboliza, en realidad, el rebajamiento de la figura de la mujer en general en la tradición cristiana. Pero no es solamente la cultura cristiana la que discrimina a la mujer. La mayoría de las culturas están igualmente prejuiciadas en este punto y quedarían igualmente escandalizadas ante Jesús, que apreciaba el perfume y el afecto de una mujer, y que insistía en que la memoria de la ternura de una mujer se perpetuara “por donde quiera que el Evangelio fuese proclamado” (Mt 26,12). Esa memoria siempre encontró resistencia en el seno del cristianismo histórico, como probablemente encontraría en la mayoría de las culturas.

1 Emerge una nueva conciencia femenina

Después de siglos de silencio y sumisión, la mujer del siglo XX, finalmente, da señales de ruptura con el pasado. En el ámbito católico es en la década de 1940 cuando aparecen los primeros discretos indicios de que algo está cambiando en el universo femenino: las madres no mandan ya a sus hijos a la misa dominical con la fidelidad de antes. Eso repercute inmediatamente en la Iglesia, aunque casi nadie percibe lo que está aconteciendo. Cuando en 1943, el P. Henri Godin, en su libro “Francia, ¿país de misión?”, constata con amargura que Francia ya no es mas el país católico de antes, él no sospecha

que la mujer tiene que ver con esa descristianización. Lo mismo ocurre con el sociólogo Gabriel Le Brass, que atribuye el declive de la asistencia a misa al estilo de vida en la gran ciudad, a la pérdida de la fe y a la secularización, pero no habla de la mujer. Y cuando en los años 1960, se constata un rápido descenso de vocaciones para el sacerdocio, tampoco se entreve en eso, en el cambio en la relación del vocacionado con su madre. Los primeros estudios que apuntan en esa dirección son de los años 1990. (Cf. DREWERMANN, 1990). Es en el silencio del universo femenino donde se opera la deconstrucción de la Iglesia.

Al comienzo de los años 1960, en el momento en que el papa Juan XXIII piensa en convocar un concilio, la desobediencia femenina, de repente, gana notoriedad: la píldora anticonceptiva entra en escena y su éxito es inmediato. La mujer comprueba que los ritmos de las energías procreadoras de su cuerpo, si no son controlados, dificultan la calidad de vida a la que ella y su familia aspiran. Los ciclos siempre repetidos de la gravidez, el nacimiento de la criatura, los largos tiempos dedicados al recién nacido, los trabajos en la casa, la preparación de los alimentos, los cuidados para con el marido... no dejan espacio para que ella se desarrolle plenamente, en contraste con lo que sucede al varón que, después del acto sexual, queda “liberado”.

Permitida en los Estados Unidos en 1960, la píldora conquista el mundo en pocos años. Ya son 50 años. Hoy, en el mundo entero, cientos de millones de mujeres recurren a diversas píldoras o a otros métodos contraceptivos (condón, dispositivo intrauterino, diafragma, inyectables, diversos productos espermicidas). La Organización de las Naciones Unidas (ONU) aprueba oficialmente la planificación familiar y declara que ayuda a la salud y el bienestar de la mujer, de los hijos y de la familia (Conferencia de El Cairo, 1994).

Estamos ante la emergencia de un pensamiento autónomo, en contraste con el pensamiento heterónimo hasta entonces vigente. Se elabora una nueva arquitectura del Estado con el fin de promover la salud, la educación, el bienestar de las familias, así como atención médico-hospitalaria basada en la idea de la regulación de los nacimientos. “Es una revolución de dimensiones planetarias”, realza Rose Marie Muraro (2008). La idea de la planificación familiar es una idea genuinamente femenina, que pone en movimiento la mayor revolución del siglo XX, una revolución silenciosa que se procesa en la intimidad de los hogares, en el diálogo íntimo entre el hombre y la mujer, lejos de los púlpitos, de las cátedras docentes y de los foros públicos. Al controlar la fecundidad, los anticonceptivos

hacen que la mujer pueda entrar en el mercado de trabajo a la par del varón. En adelante, su cuerpo no depende ya de la fatalidad de los ciclos de la procreación, y se libera poco a poco de la voluntad del varón. La píldora inauguró un tiempo nuevo, no sólo para la mujer, sino para la sociedad como un todo. Las relaciones de género y trabajo se transforman profundamente.

Entusiasmada, Rose Marie Muraro opina que con la píldora, el mundo se vuelve mejor. Cuando es dominado por el hombre, “el mundo es jerarquizado, pero se transforma en red, cuando la mujer entra en escena”.

Como en la misma época se inicia el Concilio Vaticano II, vale la pena preguntarse si hay interacción entre ambas iniciativas. ¿El movimiento en pro de la liberación del cuerpo femenino tiene algo que ver con el *aggiornamento* del papa Juan XXIII? ¿Será que los obispos reunidos en Roma toman conocimiento de lo que está aconteciendo en el universo femenino y procuran entrar en diálogo con las mujeres?

2 ¿Por qué el Vaticano II desconoce a la mujer?

Sabemos que las mujeres no son invitadas a hablar en los concilios ecuménicos, pero influyen, eso sí, en los destinos de los concilios. Mientras que los obispos del Vaticano II intentan comprender las razones de la descristianización, ellas actúan en la base, desatando lazos seculares, y de ese modo, vaciando las iglesias. Mientras los teólogos hablan de secularización, ateísmo, consumismo, individualismo y hedonismo, ellas introducen comportamientos autónomos en el centro del viejo mundo marcado por siglos de heteronomía. Ciertamente, el papa Juan XXIII sabía que las iglesias se estaban quedando vacías en París, donde él fue nuncio. Su diagnóstico de que existía un desencuentro entre Iglesia y mundo moderno, era cierto. Lo que le faltaba era ir al fondo de la cuestión. De ese modo, el Vaticano II ciertamente hace un buen trabajo, como destaca José Oscar Beozzo (2005), pero no consigue identificar con claridad la ideología heterónoma que caracteriza a la Iglesia.

Y se comprende la razón. El universo imaginario de la Iglesia cristiana proviene, en última instancia, de la Biblia, elaborada en un mundo dominado por las estructuras heterónomas. El rey (o emperador) manda en el pueblo, el señor manda en el esclavo

(trabajador), el hombre manda en la mujer, el padre manda en los hijos y Dios manda en todos (y todas). Toda la vida es concebida en términos de heteronomía: hay siempre otro que manda. La vida humana está siempre en manos ajenas. La heteronomía constituye el más antiguo y duradero modelo de convivencia humana, que caracteriza a regímenes políticos, económicos, sociales, culturales y psicológicos. En la Biblia, Dios aparece como un ser todopoderoso, santísimo, sentado en el trono celestial. Creó el universo en pocos días y hasta hoy gobierna su creación de la misma forma que un rey persa controla sus inmensos territorios; guarda todo lo que acontece en una memoria infinita (mejor que la memoria de la computadora más potente) y juzga todo como el más justo de los jueces. Premia el bien y castiga el mal, a veces aquí en la tierra, pero ciertamente después de la muerte, en la vida eterna. Dios a veces aparece como Señor riguroso y justo, otras veces como Padre amoroso que perdona todo. Pero siempre está fuera del mundo en que vivimos. En los dos primeros versículos de la Biblia aparece una imagen nítidamente heterónoma de Dios: de un lado: la luz, el soplo, la vida; del otro lado: el vacío, la soledad, la oscuridad y la muerte: *Al principio creo Dios el cielo y la tierra. La tierra era un caos informe, sobre la faz del abismo, la tiniebla. El aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas* (Gn 1,1-2).

Admitamos que los estudiosos de la Biblia procuran desprenderse de la imagen de Dios que aparece en el texto citado del Génesis. No obstante, la idea heterónoma está tan enraizada en el subconsciente de las personas y de la institución, que sólo en raros casos llega a la conciencia. Pero la historia avanza. Decisivo fue, en el plano político, el paso a regímenes democráticos y autónomos, en los 200 últimos años. Mas fue en el plano científico donde la idea de la autonomía realiza sus mayores progresos. Cada vez más, los científicos descubren que el mundo es autorregulado, basado en leyes marcadas por una lógica interna. Ya no hay necesidad de milagros “fuera de las leyes naturales”, pues en cada momento el milagro está ahí, ante los ojos y dentro del cuerpo. Otro avance es la “transformación lingüística” que hoy dinamiza una nueva manera de hablar de Dios y de las cosas divinas.

3 La mujer y el obispo

A estas alturas es bueno averiguar qué es realmente nuevo en el comportamiento de la mujer que practica la planificación familiar. Lo nuevo consiste en el hecho de que ella ya no está supeditada a una voluntad ajena, sino a su propia voluntad. Ella está sintonizada con el pensamiento moderno que se sustenta en la autorregulación de las leyes que rigen el universo. La percepción siempre más clara de la regularidad de las leyes internas del universo, tiene como resultado, actitudes de autonomía. Como consecuencia de ello, la mujer inicia una nueva relación con su propio cuerpo: verificando que su cuerpo responde a determinados estímulos químicos capaces de inhibir la gravidez, por ejemplo. Adquiere poco a poco y casi imperceptiblemente un comportamiento autónomo.

“El axioma de la autonomía está penetrando lentamente y casi siempre de modo inconsciente, en toda la cultura occidental” (LENAERS, 2010, p. 23). Al planificar su familia, la mujer cambia las estructuras de la sociedad y de la institución religiosa. Más, al luchar por una familia que disfrute de una mejor calidad de vida, gracias a la regulación de los nacimientos, la mujer cambia la propia imagen de Dios. Ella esboza una nueva imagen de Dios, más ajustada a las leyes de la autonomía. Los progresos científicos a favor de la vida revelan el santo misterio llamado Dios. Para esa mujer, el Dios eclesiástico se va diluyendo en el horizonte al tiempo que emerge un Dios que corresponde a las leyes internas y autónomas del universo y de la humanidad. Para ella, lo que colabora con una mejor condición de vida, es santo. En la medida en que el mundo se vuelve más feliz, la píldora anticonceptiva es santa. Entonces, la mujer emancipada cuestiona a la Iglesia, como se puede constatar por todas partes.

Pasar del pensamiento heterónimo al pensamiento autónomo es más complicado para los obispos. Tanto para los que están abiertos personalmente al cambio de los tiempos, como para los que permanecen encuadrados en una estructura fundamentada en la heteronomía. Eso se verifica en las renovadas “guerras santas” en torno a la cuestión del aborto. Tomemos el caso paradigmático de Recife, en marzo de 2009, cuando ocurrió la interrupción del embarazo de una niña de nueve años, en una clínica de la ciudad. Mons. José Cardoso Sobrinho, en esa época arzobispo de la ciudad, inmediatamente excomulgó a los médicos que practicaron el aborto. Justificó su comportamiento diciendo que estaba

siguiendo las leyes de la Iglesia. De ese modo, el obispo recurrió a la idea de la heteronomía. La Iglesia declara estar “a favor de la vida, contra la cultura de la muerte”, pero no sabe lidiar con casos concretos relacionados con el aborto. Ciertamente, el obispo recomendó compasión con la niña abusada por el padrastro, pero no tenía nada que declarar acerca de la existencia de centenares de clínicas clandestinas en Brasil, donde se practican abortos que victimizan cada año miles de mujeres. El obispo recomendó comprensión y oraciones por las pobres mujeres que recurren a tales clínicas, pero no podía ir más allá, pues las cuestiones concretas relacionadas con el aborto sólo pueden ser resueltas por medio de acciones basadas en el principio de autonomía.

La sociedad tiene que mostrarse capaz de enfrentar con realismo los problemas que se le presentan. No basta decir a las mujeres que desean abortar que ellas tienen que ponerse en “las manos de Dios” y obedecer sus designios divinos. Mons. José podría soñar incluso con una Iglesia santa en medio del libertinaje del mundo y de los errores del siglo, una ciudadela de Dios, como la que describe san Agustín en su obra “La ciudad de Dios”. Pero ese sueño no corresponde a la realidad. El postulado de la santidad de la Iglesia es una elaboración teológica del siglo IV, basada en la aproximación de la Iglesia de aquel tiempo al sistema imperial romano, y en los métodos utilizados para impresionar a las personas. Aun así, la imagen de una Iglesia santa, intocable e incuestionable, todavía se mantiene tan poderosa en nuestros días, que es capaz de seducir a obispos y al mismo papa. En suma, actitudes como la de mons. José Cardoso, crean inútilmente cortocircuitos que dificultan el paso del pensamiento cristiano al mundo en que vivimos.

4 ¿Cómo salir del cortocircuito?

Para la Iglesia no es fácil abandonar el universo imaginario de la heteronomía. Aun los textos más innovadores del Vaticano II todavía están formulados por medio de imágenes heredadas del pasado bíblico, sin la debida lectura crítica. Hoy no existe camino fuera del diálogo con la modernidad. Habilitarse para tal diálogo implica, en primer lugar, una actitud de autocrítica. Durante largos siglos, la Iglesia católica dominó la cultura occidental y se hizo intocable. Apenas cincuenta años atrás, con la apertura del Vaticano II, el dominio del pensamiento católico sobre las conciencias, todavía era tan poderoso, que

criticar a un representante de la Iglesia católica era casi lo mismo que criticar al propio Dios. La Iglesia se juzgaba superior a todas las demás organizaciones.

Pero recientemente, cuando apareció la pedofilia practicada por sacerdotes, se percibió que la Iglesia no es tan santa como el papa y los obispos desearían que fuese. Los sacerdotes son humanos (en ocasiones demasiado humanos), hechos de una materia común a todos los seres humanos. Ante la pedofilia, por ejemplo, la mentalidad moderna no soporta ya los métodos de intimidación, ocultamiento y manipulación que todavía eran aceptados por nuestros abuelos y nuestros padres en un pasado no muy distante. Nuestra percepción de lo que es una sociedad democrática, igualitaria y justa se va perfeccionando, y un número creciente de personas supone que no hay nada más loable que una sociedad que camine hacia la democracia y la libertad. Todos los ciudadanos están sujetos a la ley. Ninguna institución está por encima de la ley civil.

En segundo lugar, no es bueno dramatizar ni exacerbar los sentimientos. Palabras de guerra como: mentalidad medieval, oscurantismo, fanatismo (de un lado) y ateísmo, agnosticismo, abandono de la fe (del otro lado), sólo atrasan el proceso. Lanzarse puyas de ambos lados, no lleva a nada. Sólo por medio de estudios serenos y de la percepción de las verdaderas dimensiones del problema es como se puede avanzar. Pensar con libertad no significa abandonar la fe. No hablar de reyes y reinas, señores y santidades, tronos y potestades... no significa traicionar el evangelio. Acompañar la evolución de las ciencias, de la política y de la sociedad de hoy, no es lo mismo que dejar de ser cristiano. San Pablo no dejó de ser judío cuando escribió: *Todos nosotros, judíos o griegos, esclavos o libres, nos hemos bautizado en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo, y hemos absorbido un solo Espíritu.*

En esos versículos Pablo escribe que todos estamos hechos del mismo barro humano y al mismo tiempo animados por el mismo soplo de Dios, ya seamos judíos o griegos, hombres o mujeres, obispos o simples fieles, heterónomos o autónomos. Las mujeres que practican la planificación familiar son hechas del mismo barro humano que los obispos que las rechazan. No se puede decir que la planificación familiar sea una cuestión de fe. Si durante tantos siglos hablamos de Dios en términos de heteronomía, ¿por qué no será posible hablar de Él hoy en términos de autonomía? La modernidad religiosa consiste en pasar de una antigua imagen de Dios, heredada de la Biblia, a una imagen de un Dios

que encuentra su autoexpresión en el universo en que vivimos. No hay nada de dramático en ese paso, nada que sea imposible. Quien vive sintonizado con el tiempo de hoy, comprende que todas las energías cósmicas visualizan, de manera a veces desconcertante (pero siempre admirable), aquel misterio que sobrepasa nuestro entendimiento y al que damos el nombre de Dios. Hoy es en la figura de un universo en continua gestación donde se vislumbra el rostro de Dios.

Termino este artículo citando un texto de la teóloga Ivone Gebara con ocasión de los acontecimientos de marzo 2009, en Recife:

Los obispos pasan por encima de la fe de la comunidad cristiana. Se comportan como si fuesen los únicos portavoces del evangelio de Jesús y desconocen el sentido evangélico de los católicos. Pretenden ser abogados de Dios, pero se vuelven cismáticos en relación a la comunidad de cristianos católicos, esto es, rompen con gran parte de ella en diversas situaciones. Esos obispos no temen incentivar, dentro de la Iglesia, una guerra santa en nombre de Dios, para salvaguardar cosas que ellos juzgan ser voluntad y prerrogativa de Dios. Ahora bien, la tradición católica nunca permitió que ningún fiel (incluso un obispo) hablase en nombre de Dios. El sagrado misterio que atraviesa todo lo que existe es inaccesible a nuestros juicios e interpretaciones. El misterio que habita en todo no necesita de representantes dogmáticos para defender sus derechos. Nuestra palabra es nada más y nada menos que un balbucear de aproximaciones y de ideas mutables y frágiles, incluso sobre el inefable misterio. Las comunidades cristianas, así como las personas, son plurales. La comunidad cristiana es más que la iglesia jerárquica. Es plural, o sea, compuesta de múltiples comunidades cristianas y éstas son igualmente muchas personas, cada una con su historia, sus elecciones y decisiones propias ante la vida. Urge que la teología de los obispos salga de una concepción jerárquica y dualista¹ del cristianismo y perciba que es en la vulnerabilidad de los múltiples dolores humanos donde podremos estar más próximos de las acciones de justicia y amor. Es claro que siempre podremos equivocarnos. Ésta es la frágil condición humana. Creo que nuestras entrañas sienten, en primer lugar, los dolores inmediatos, las injusticias contra cuerpos visibles y es a ellos a los que tenemos el primer deber de asistir. La Iglesia es la humanidad que se ayuda a soportar dolores, a aliviar sufrimientos y a celebrar esperanzas. De hecho, un cisma histórico se está construyendo y está creciendo cada vez más, en diferentes países. La distancia entre los fieles y la jerarquía católica es pronunciada. En la medida en que los que se juzgan responsables de la Iglesia se distancian del alma del pueblo y de su sufrimiento real, estarán siendo los constructores de un nuevo cisma que acentuará todavía más el abismo entre las instituciones de la religión y la vida cotidiana con su complejidad, desafíos, dolores y pequeñas alegrías. Las consecuencias de un cisma son imprevisibles. Basta que aprendamos las lecciones de la historia pasada. (GEBARA, 2009).

¹ Yo diría aquí, dentro del lenguaje de este artículo: “heteronomía” (observación del autor).

Conclusión

Llenas de un profundo sentimiento de solidaridad con los dolores de las mujeres que pasan por la prueba del aborto, las palabras de Ibone Gebara son modernas, feministas, autónomas. Merecen ser leídas con atención por aquellas líderes católicas que desean promover una feliz vivencia humana hoy día.

REFERÊNCIAS

BEOZZO, José Oscar. **A Igreja do Brasil no Concílio Vaticano II, 1959-1965**. São Paulo: Paulinas, 2005.

DREWERMANN, E. **Kleriker. Psychogramm eines Ideals**. Olten: Walter Verlag, 1990.

GEBARA, Ivone. O cisma da Igreja Católica. **Correio da Cidadania**, São Paulo, edição 644, 9 a 15/03/2009. Disponível em: <www.correiocidadania.com.br>. Acesso em 25/02/2011.

LELOUP, J-Y. **O Evangelho de Maria**. Petrópolis: Vozes, 1998.

LENAERS, R. **Outro cristianismo é possível**. São Paulo: Paulus, 2010

MURARO, Rose-Marie. **Diálogo para o futuro**. São Paulo: Cultrix, 2008.